

Mirada de cristal

Sara Taylor*

Nací en Tijuana a finales de 1944 y aquí he vivido toda mi vida, excepto el año en que me fui a vivir al rancho.

Me casé muy joven y por lo tanto mi mundo cambió. El matrimonio que soñé de pequeña no fue lo que creí. Con el tiempo me di cuenta de que mis expectativas respecto a muchas situaciones no se habían realizado y empecé a tratar de cambiarlas por otras que quizá tampoco habrán de realizarse.

A mi esposo desde niño le gustó la cacería, la cual se volvió una prioridad para él, dejando que yo ocupara un segundo lugar en su vida. Así, desde que me pidió que fuera su novia lo hizo apresuradamente al bajarse de un jeep cargado de armas, en el que viajaba con sus amigos. Aun conociendo su forma de ser lo acepté porque en esa época mi padre acababa de morir y me sentí protegida por él, el cazador. Después de un año nos casamos y nacieron nuestros hijos.

La escena del jeep fue repetitiva en mi vida: yo diciéndole adiós mientras él salía de cacería. Se ausentaba mucho tiempo y eso me permitió ser libre para educar a mis hijos y apoyarlos en su elección vocacional. Tal fue la experiencia con mi primer hijo, cuando a temprana edad me pidió un piano.

Mientras mis hijos crecían yo leía y estudiaba por las noches; quería suplir la falta de carrera universitaria. Tuve la responsabilidad de guiarlos casi por completo porque la cacería se convirtió en mi rival y mi esposo se quedó finalmente a vivir en el rancho. Por eso sentí que llegó muy pronto el tiempo cuando mis hijos partieron a estudiar fuera. Me quedé viviendo sola en una enorme casa, escuchando el impacto de mis tacones sobre lo pisos de madera al bajar las escaleras, al igual que el flujo del agua golpeando fuerte al caer en la bañera y las voces lejanas de unos niños jugando a la pelota, mientras el silencio nocturno se convirtió en mi compañero.

Entendí que con el paso del tiempo no volvería a escuchar las risas de mis hijos cuando fueron niños, ésas que tal vez quedaron atrapadas en alguna pared. El piano de cola, siempre cerrado, me hizo

compañía cuando solía sacudirlo, y en su brillante laca negra pude ver el reflejo de una mirada que se volvía cristalina y un rostro que envejecía.

Un día mi pianista regresó, aunque sólo fue para vender el piano. Al ser empacado, vi desde la recámara de mi ventana en el segundo piso el camión de mudanza llevarse la pesada caja en la que también yacía una parte de mi vida.

Los libros dejaron de tener un efecto consolador y una fuerte depresión se apoderó de mí. Así fue como decidí hacer un cambio: ir a vivir al rancho.

Puse un anuncio en el periódico y empecé a rentar las recámaras de mis hijos a señoritas profesionistas. Cuando llegaba alguna llamada para solicitar información, las entrevistaba y luego yo misma investigaba si realmente eran fidedignas sus referencias de trabajo. Fue tanto el éxito al rentar las recámaras de mis hijos que después seguí con el estudio de piano y la sala de televisión, reuniendo así a ocho señoritas, todas ellas dispuestas a respetar mis reglas: no fumar, no recibir visitas, no dar mi número telefónico, mantener limpia la casa y ser puntuales con el pago de la renta del lugar que con el tiempo se convirtió en una especie de castillo de la pureza, como la apodaron mis inquilinas, por contar con tantas restricciones.

Después de colocar en las paredes de la casa algunos letreros, como recordatorios de apagar la luz y cerrar las puertas con llave, me dediqué a empacar mis libros, recuerdos, fotos familiares y la soledad que se me había hecho costumbre. Una vez establecido mi negocio, estuve lista para partir, muy feliz por haber aumentado mis ingresos, y creyendo con seguridad que mi vida cambiaría.

Así, muy temprano, tomé la carretera libre a Ensenada. Con la vista del Pacífico a la derecha pasé a un lado de Rosarito, y al llegar al kilómetro 46, donde se divisan unas colinas de arena amarillas en la playa, encontré el cañón del Médano, que toma su nombre de los mismos arenales. Allí, en ese cañón, hace casi cuarenta y cinco años mi esposo construyó una casa de adobe, que con el tiempo fue cambiando, de la misma forma que cambiamos nosotros.

*Escritora mexicana residente en Tijuana, Baja California. stsc44@gmail.com

Dentro de la aridez de estas tierras desérticas de nuestra península nadie imaginaría un lugar paradisíaco con tantos arroyos y variedad de aves: codornices, águilas, búhos y los intimidantes cuervos parados en los alambres de la luz, o la singular presencia de pájaros con colas largas y azules que resaltan la belleza del lugar, parecidas a los horizontes nobles con los que inicié mi viaje. Al llegar al rancho, lo primero que vi fueron las arboledas de alisos y las altas palmeras que circundan un patio para fiestas. Al descender de mi auto me acerqué al kiosco y entre dos frondosos árboles llegué al lugar que escogió mi esposo, hace veinte años, para enterrar las cenizas de mi suegra, ante mi estupefacta mirada, cuando recordé lo poco afecta que era ella al rancho. Él no lo había comprendido.

Al llegar encontré la casa sola. Usé mis llaves para abrir la puerta principal e introducirme a un salón enorme con chimenea de ladrillos, en el cual se exhiben las fotos y los trofeos del Club de Caza y Tiro de Tijuana. El polvo lo cubría todo. Las paredes y el techo estaban llenos de telarañas. Me senté un rato a descansar en una de las mecedoras de la banqueta y de pronto me sentí observada por unos ojos cristalinos en las cabezas de venado disecado que, como guardianes, colgaban de las paredes. Brindándome una fría bienvenida, me hicieron pensarme intrusa en este mundo de cazadores vetado para la mujer, pues en un momento dado puede convertirla en posible trofeo también. Yo estaba ahora allí, buscando un cambio en mi vida, llena de ideas románticas inspiradas por las novelas que había leído. Creí que me tocaba vivir la magia de ese bello lugar y desde mi soñadora perspectiva me propuse hacerlo.

Cuando llegó mi esposo me encontró sacudiendo el polvo y aunque también pude percibir su amor por mí, no logré ver en su cara agrado por el nuevo orden que tomaban las cosas. Con su habitual monotonía se reclinaba por las tardes en su habitación a leer los periódicos y sólo cuando alguien nos visitaba dejaba asomar un poco de entusiasmo, pidiéndome que trajera sus álbumes de fotos de cacerías e imponiendo a sus pobres víctimas cuando menos una hora de ritual fotográfico.

Así fueron pasando los primeros días. Poco a poco empecé a ver la casa limpia y ordenada. Retiré los cartuchos de escopeta y las balas del rifle .22 de dentro de los cajones de la vitrina del comedor. Puse las sillas alrededor de la mesa. Limpié los vidrios de las ventanas, coloqué las fotos de mis hijos y familiares en la chimenea, y colgué la de nuestra boda entre dos de las cabezas de venado.

Reacomodé los rifles que encontré debajo de la cama y las botas enlodadas que yacían inertes en un rincón. El olor a sangre de venado, cazado la noche anterior, invadía el ambiente, pues había sido colgado del árbol frente a la casa y desollado mientras separaban la cabeza del cuerpo para ser llevada al taxidermista. Este espectáculo era un verdadero contraste con el jarrón de rosas que con cuidado había puesto sobre la mesa. Con tristeza, poco a poco me fui acostumbrando. Llené el librero con mis autores favoritos y dejé un espacio para los libros de mi esposo. Así transcurrió poco más de un año. La casa y las bardas habían sido pintadas; se colocaron los pisos y todo lucía diferente, menos mi estado de ánimo.

Continué con mi proyecto de arreglar el patio y fui a Rosarito a comprar macetas de barro. De regreso a casa escuché un alboroto dentro del salón y al abrir la puerta vi algo tan insólito que me resistí a creerlo: estaba lleno de unos pájaros que parecen golondrinas, conocidos como bermejitos, aves que emigran cada año allá por el mes de febrero y buscan cuevas para alojarse. Al pasar por el rancho, tal vez confundidos, se introdujeron por el tiro de la chimenea y fueron a dar dentro de la sala, de la cual, con un desesperado aleteo, intentaban salir, estrellándose contra las ventanas. Muchos de ellos murieron y me hicieron reflexionar sobre el alto costo de buscar un lugar donde sentirse protegidos.

En la tarde de ese mismo día, antes de que empezara a oscurecer, me dirigí al patio a buscar plantas para las nuevas macetas. La raíces de las altas palmeras habían agrietado la tapa de cemento para cubrir la fosa séptica y al pisarla, con el peso de mi cuerpo, se quebró, enviándome hasta el fondo de un pantano de excremento que me llegaba hasta el cue-

llo. Cuando me di cuenta de lo sucedido, al encontrarme dentro de la oscuridad, sumergida en ese líquido frío, húmedo y viscoso, lo primero que hice fue tratar de salir buscando algo de donde asirme, pero la misma condición pegajosa del contenido fecal me lo impidió; así fue como, tomando fuerza, grité para pedir auxilio. Nadie me escuchó. La casa estaba sola, el trabajador había ido a cortar leña. Por mi mente pasaron todas las técnicas de control mental, meditación y oraciones a mis protectores espirituales, a quienes invoqué para que vinieran en mi ayuda. Cerré los ojos y recordé mis experiencias en los temascales para tratar de tranquilizarme, pero había transcurrido una hora y me sentía desolada. Al fin, un hijo me oyó a su llegada al rancho y me gritó: "Ya te oí, madre, voy por una sogá." Cuando me lanzó la sogá dentro de la fosa, la tomé para amarrármela a la cintura; con muchos esfuerzos, puse los pies en las paredes para impulsarme hacia fuera, al mismo tiempo que mi hijo iba jalando de ella.

Cuando por fin pude salir de ese infierno, regresé mi mirada hacia abajo y pensé que podría haber muerto dentro de la fosa sin haber llegado a realizar muchos de mis sueños. Había tocado fondo, y la experiencia me había dejado tan intranquila que al estar dentro de la regadera, mientras sentía el agua limpiar mi cuerpo de esa inmundicia que lo cubría, entendí que no sólo era la suciedad material la que veía escurrirse por la coladera, sino que junto con ella me liberaba de mis miedos y sentimientos de no pertenencia, con los que viví tantos años.

Había llegado al rancho como esas golondrinas que perdieron su rumbo en un afán por encontrar su espacio y con esa experiencia comprendí que todo el problema se encontraba dentro de mí misma. Pensando y pensando, me quedé dormida. Por la noche soñé que me convertía en un venado que lograba escapar sin ser cazado y corrí ágil y veloz hacia el horizonte. Esa mañana, al despertar, empaqué mis cosas y tomé la carretera libre de regreso a Tijuana.